

Ya suponemos á nuestros tier-
nos lectores deseosos de saber
la causa de aquel ruido y movi-
miento extraordinario, que los
hijos de Herman percibieron en
la casa, cuando á las diez de la

noche les despertaron los ladridos del *valiente*. Era un pobre caminante que, extraviado por la mucha obscuridad de la noche, é imposibilitado por la lluvia á pernoctar en descubierto, pedia asilo á los compasivos dueños de aquel cortijo.

Bajaron Herman y Casilda á recibir al huesped infortunado, que venia mojado de pies á cabeza; y sin otro equipage que la pobre ropa que traia puesta. Era un hombre como de unos cincuenta años; su semblante pálido y descarnado, sus ojos tristes, y un suspirar casi continuo revelaban que su espíritu se ha

llaba acongojado, y su corazon traspasado de dolor.

Presentaronle inmediatamente unos vestidos enjutos para que la humedad no le fuese nociva; y pusieron los que habia traído á secar á la lumbre, mientras se le disponia la cena y el dormitorio. Lloró enternecido el huesped al ver el interes con que le miraban asi Herman y Casilda como todos los criados del cortijo. Cócese, caballeros les dijo, que el aislamiento en que vivis, no os hace insensibles á las desgracias ajenas. Cuando sepais los infortunios, cuando oigais la relacion de cuarenta años de no inter-

rumpidos contratiempos, sin otra culpa que la de no haber aprendido á leer y escribir, estoy bien seguro que mirareis como muy justos y debidos á la inocencia perseguida todos estos obsequios que ahora me prodigais únicamente á fuerza de tener almas sensibles y generosas. Bastaron estas palabras para que Herman conociese que la relacion de las aventuras de este hombre debia ser gustosa y de provecho para sus queridos hijos; y aunque el huesped por su parte manifestó estar dispuesto, y aun con deseos de decir el motivo de haber llegado en aquella hora, verda-

deramente estraña, y tan desprovisto de medios para hacer una cómoda caminata, no lo consintieron Herman y Casilda, diciendole que, apesar de que deseaban saber quien era y adonde se encaminaba, no podian permitir que, por satisfacer su curiosidad unas horas antes, se privase por mas tiempo del descanso que tanto habia de menester; tanto mas que, siguiendo el tiempo de la misma manera, no creian podria al dia siguiente salir del cortijo, y tendrían tiempo bastante para enterarse ellos y sus hijos de cuánto tuvise á bien referirles. En efecto el huesped co-

nó y se retiró al aposento que le tenían dispuesto.

Cuando los niños despertaron, al momento recordaron los ruidos y ladridos del valiente en la noche anterior; y como ya les habían hallado durmiendo, el uno decia que habia sido á media noche, los otros sostenian que era ya al amanecer cuando el valiente les habia despertado; pero cuidandose poco unos y otros de la hora, todos procuraron saber por los criados lo ocurrido. Deseaban todos con impaciencia ver al huesped, quien no salió de su aposento, hasta que Casilda hizo que entrasen á pre-

guntarle, si gustaba tomar el desayuno.

Desayunaronse todos, y dijo Herman al huesped podia, si gustaba, referirles alguna de las muchas desgracias que, por lo que él habia manifestado, y por lo que revelaba su semblante, le traian bastante triste y cabiloso.

—Yo sentiré, dijo el huesped, seros molesto con la relacion de mis aventuras; pero, ya que ni el temporal, ni vuestras bondades me permiten salir en todo el dia de esta feliz y deliciosa morada, podreis, cuando os plazca, mandarme suspender la relacion, que por

larga y pesada que os parezca jamas será tanto como mi desventura.

Yo pasé los diez primeros años de mi vida en el pueblo de mi nacimiento, y en compañía de mis padres, que aunque no eran de los mas ricos, tenían lo bastante para dejarnos medianamente acomodados á mí, y á una hermana menor que yo, que éramos los dos únicos hijos que tenían. Desde muy pequeñito me mandaron á la escuela, y no se si por falta de entendimiento ó voluntad, no pasé del caton en tres años de continua asistencia. Murió por entonces mi madre,

y donde ella acabó, comenzó mi desventura. Teníamos una tia en Madrid, y á su casa nos envió mi padre, supretesto de que, ocupado todo el dia en las faenas del campo, no podia cuidarnos como el queria y mereciamos nosotros. No tenia hijos mi tia, circunstancia que hizo creer á mi padre que la tia haria con nosotros los deberes de una verdadera madre. Manteniasse mi tia lavando ropas, ocupacion que la tenia fuera de casa la mayor parte de los dias; y á fin de que mi hermana Juana y yo no hiciésemos travesuras, solia llevarnos en su compañía. Como unos diez

dias haria que viaviamos en la corte, cuando se ofreció á mi tia mandarnos á comprar un par de libras de jabon; quiso que para evitar el que nos perdiésemos, apuntásemos en un papel la calle y número donde viviamos; yo me opuse pretestando que ya sabriamos volver; y en realidad lo que yo queria era evitarme la vengonzosa humillacion de tener que manifestar que en mas de tres años de escuela no habia aprendido á tomar la pluma.

Sali pues en busca del jabon con mi hermana Juana, persuadido de que Madrid seria como mi lugar, y que en preguntando por

mi tia Petronila, cualquiera habia de saberme encaminar. Yo no he sabido nunca despues por que calles y plazas pasamos en aquella infausta expedicion, que fue el origen de todas las calamidades que me han afligido desde entonces hasta el presente. Despues de mucho andar toda la tarde nos cogió la noche sin que hubieramos podido hallar la tienda donde se despachaba el jabon ni, y era lo que mas sentiamos, la casa de nuestra habitacion. Juana lloraba como si presintiese los infortunios que nos amenazaban. Yo con cualquier cosa me distraia, y minoraba algun tanto la aflic-

ción. Estabamos al entrar la noche, y cuando suelen en la corte, encender los faroles, en la calle que llaman de *Carretas*, en donde para oír cantar á un ciego, se habia agolpado mucha gente. Movido de la curiosidad, me hice paso entre las gentes, dejando á mi hermanita arrimada á la pared de enfrente. Mi mala suerte me dirigió entre la multitud hácia otros dos muchachos, que por lo roto de sus vestidos, me pareció serian otros desventurados como yo. Estaban ellos á la espalda de un caballero á quien me aproximé yo cuando ellos desaparecieron, que fue muy poco rato des-

pues de que yo hube llegado. Mas que á la música del ciego atendia yo á las ricas vestiduras de aquel caballero, cuando de repente se vuelve hácia mí y dandome con el baston un fuerte golpe, *so pillo* me dijo, *que me acabas de sacar un duro del bolsillo*. Yo negué con toda la eficacia de un inocente, pero los circunstantes se convencieron de que yo habia sido ladron, cuando, al registrarme, me hallaron en mi bolsillo el duro que me habia dado mi tia Petronila para el jabon y otras frioleras. De nada sirvió que yo llorase y perjurase que era inocente; mis lágrimas á na-

die conmovieron, y sin permitirme buscar á mi hermana, me llevaron á una casa grande, en donde habia guardia de soldados, y que, por lo que he calculado despues, debió ser la casa de correos. Allí me tuvieron toda la noche, y al dia siguiente me llevaron al hospicio. No molestaré á V.V. con referirles la pena que mi corazon sintió en toda aquella noche, no tanto por lo que temia respecto de mí, cuanto por considerar la situacion de mi pobre hermana y de mi desconsolada tia. Inutil será decir que no cerré los ojos, ni cesé de llorar en toda la noche; pero siem-

pre conservaba la esperanza de que mi tia, al ver nuestra tardanza saldria á buscarnos, hallaria á mi hermana, y una y otra vendrian á sacarme de aquella prision, para mi tanto mas dura cuanto que sin la mas pequeña razon se me habia llevado á ella. Cuando ví que llegó la tarde del dia siguiente y no comparecian ni la tia ni la hermana, comencé á afligirme deveras y hubiera prorrumpido en el mas amargo llanto, si todavia me hubieran quedado fuerzas para llorar, y lágrimas que derramar. Condugeronme, pues, como llevo dicho, al hospicio, en donde me trata-

ron tan mal, que antes de ocho dias estaba postrado en una cama, y acometido de una violenta enfermedad; enfermedad que degeneró en viruelas, y para cuya curacion me trasladaron al hospital. Un mes habia transcurrido ya desde aquella malhadada tarde en que salí de casa de la tia, cuando volvi del hospital al hospicio, y todavia ignoraba, qué seria de mi tia y hermana. Cuantas veces me reprendia á mi mismo en este tiempo por no haberme aplicado á leer y haber sabido tomar la apuntacion de la casa y calle donde vivia mi tia. Cuantas veces lloré aquel tiempo

mal emplado, cuyas consecuencias me eran tan gravosas. Pero ya no habia remedio; era menester sufrir y tener paciencia. Mas de un año pasé en el hospicio sin haber salido siquiera á poner los pies en la calle. En ciertos dias solemnes solian salir los demas muchachos á comer con sus parientes; yo, que no tenia á nadie que me llevase á su casa, estuve reducido á no ver en mas de un año sino las cuadras y patios sombríos del establecimiento. Llevósenos un dia á acompañar un cadáver al cementerio, y porque no la iglesia donde el difunto estaba depositado era la misma

adonde mi tia nos llebaba á oír misa todas las mañanas. Desde que ví la iglesia concebí las mas fuertes esperanzas de hallar la casa de mi tia, que recordaba hallarse contigua á uno de los costados de aquella iglesia. Emplee el resto de la semana en seducir á uno de mis compañeros á fin de que escribiese á una tia suya pidiendola viniese á buscarme el domingo, fingiendose tia mia. Dígele á mi compañero, que en mi casa habia bastante dinero, y que si me proporcionaba salir del establecimiento, y podia yo hablar á mi tia y regresar a mi casa, no sería escaso en manifestarle

mi reconocimiento. Con estas palabras se venció la resistencia de mi compañero, y la de su tia. Vino esta y en su compañía se me permitió salir del hospicio. Yo me habia hecho cargo del camino que habia de seguir para no perderme desde el hospicio hasta la iglesia; y así no fue difícil hallar la casa donde creia encontrar á mi tia Petronila. Aunque me hubieran corrido para matarme no hubiera subido mas de priesa la escalera. Subo y reconozco el pasillo donde solia jugar con mi hermana, y la puerta de la boardilla donde viviamos. Tia, tia, abrame V. que soy Pe-

pe, y he estado preso, en el hospicio y..... esto empecé á decir apenas llegué á la puerta, y al mismo tiempo con el puño y con los pies daba tantos y tan fuertes golpes en la puerta, que si mis fuerzas hubieran sido mayores, no dudo hubiera ahorrado á la gente de adentro el trabajo de salir á ver quien era. Como no abrian tan pronto puseme á mirar por la llavera, y ví venir á una muger mejor vestida, que lo que solia mi tia, pero á mí me parecia imposible el que dejase de ser mi tia, y como á tal la hubiera saludado, á no haberme reprendido bruscamente por el po-

co comedimiento con que habia llamado á la puerta. En la sequedad con que me preguntó que queria, conocí que no era ella á quien yo buscaba. Ver á mi tia Petronila, le respondí, la que es labandera y vive en este cuarto. A ver si te marchas, me contestó enfadada aquella señora, que la señora que vive en este cuarto se llama Doña Jacinta y no tia Petronila, ni es lavandera sino viuda de un coronel retirado.

Absorto me quedé al oir estas razones, y mucho mas cuando otra vecina, que salió al pasillo, dijo que sin duda la Petronila por quien yo preguntaba seria

una lavandera, que habia muerto en aquella boardilla, á resultas de un gran sentimiento que le habian dado unos sobrinos. Yo no se lo que de mí pensaria, al oir estas palabras, la muger á cuya puerta habia yo llamado; pero á discurrir por la mala manera con que me trató, lo menos malo que de mí se imaginó, fué que yo habia sido algun malhechor insigne y que por lo mismo me habian tenido preso, como yo acababa de confesar. Yo creo que si me detengo un poco mas me matan aquellas mugeres; gracias á que supe bajar la escalera con la misma celeridad con que

la habia subido. No se cuanto tiempo corri por las calles de Madrid, ni la calle en donde hice alto, y me senté. Solo recuerdo que, al verme tratado de nuevo por ladron, me amostaze en tales terminos que resolví salir cuanto antes de una poblacion en donde tan frecuentemente es confundido el inocente con el culpable. La muerte de mi tia me movió tambien á tomar esta resolucion, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, como suele decirse, salí de Madrid por la primera puerta que encontré. Habia árboles por aquella parte, y una fuente; y como sí en Madrid

no hubiese mas que una puerta con árboles y fuente, ¡ola! digo, bien, bien, ya está aquí la puerta por donde vine de mi lugar; qué fortuna! ¿quién pensára habia de hallarla sin tener que preguntar á nadie! está visto, parece que á uno no le salen bien las cosas, sino cuando trata de irse de Madrid. Mientras estas platicas tenia yo conmigo mismo, ya habia andado un buen pedazo del camino que primero se me habia presentado al salir por la puerta.

Puseme á pensar en la sorpresa que mi vista causaria á mi padre y hermana á quien suponía ya en su compañía. Como ignora-

ba cuanto distaba mi pueblo de la corte, no podia calcular á que hora me tocaria entrar en el pueblo; aunque iba con ánimo de esperar hasta el anochecer, hora en que mi padre era seguro en los portales de la plaza, con el médico, barbero, y escribano y otros señores del pueblo. Venia-se me al pensamiento si mi padre me volveria ó no á la escuela, y con estas y otras cosas traia tan ocupada la imaginacion que, sin echar de menos la comida, ni resentirme del cansancio, me alejé hasta tres leguas de Madrid, segun me digeron unos arrieros. Eutonces comencé á sentir debi-

lidad, y no tuve mas rémedio para satisfacer la necesidad, que llegarme á un pueblecito que se descubria á la derecha del camino, é implorar la caridad de los que á mi llegada se hallaron presentes. Hizo mi buena suerte que se hallase allí uno que habia sido herrador de mi pueblo, el que apesar de lo mucho que las viruelas me habian desfigurado por lo que conté de mis aventuras, vino en conocimiento de quien yo era. Dijome si queria volver con él á Madrid, y que despues de tres dias el me llevaria hasta mi pueblo; no quis volver á Madrid, y si le pedí m

diese algun dinero para llegar á mi casa, y lo hizo al parecer con muchísimo gusto. Preguntele por mi padre y hermana, y me contestó que padre estaba bueno; pero que de mi hermana yo era quien debia darles nuevas, pues desde que habiamos salido los dos del pueblo, nada absolutamente ni de uno de otra se habia sabido. Salí luego de este pueblo y, tomando la direccion que en el meson me digeron, fuí á buscar el camino de mi lugar, porque el que yo habia tomado en un principio no era el que debí tomar. No se si fueron dos ó tres las noches que pasé en el ca-

mino ; porque me volví mas lento desde que tuve dinero , y perdí la esperanza de ver á mi querida hermana. Era la siesta, ya me parece del cuarto dia, cuando hallandome algun tanto fatigado, y molestado por el calor me interné en un bosquecillo para descansar un rato á la sombra. Pronto me quedé dormido, y cuando desperté, me hallé en poder de una gavilla de facinerosos, que no me permitieron, por mas que les rogué, continuar mi caminata; antes bien me hicieron les siguiese internandonos en el bosque.

Ni la paloma entre las uñas

del gavilan, ni la obeja entre los dientes del lobo voraz pueden hallarse mas acobardadas y exanimas que me hallé yo en esta ocasion. Mil preguntas me hicieron, y yo no acerté á responderles palabra. Dias y dias pasaron sin que me llamasen sino con denuestos y sin que me hablasen sino para amenazarme. Todo el oro del mundo hubiera dado yo porque se me volviese al hospicio, á aquella casa que tan aflictiva era para mí á aquellos compañeros que tan despreciables me parecian. A medida que el tiempo iba transcurriendo hacian de mi mayor confianza; ya me daban parte de sus

expediciones, y no se recelaban de hablar delante de mi, y por lo que les oía, inferí que tenían esperanzas de que yo jamás había de renunciar á su compañía, y aun pensaban que llegaría á ser tan ladrón y desalmado como ellos.

Yo bien quería deshacerme de tan mala compañía, pero, no conociendo bien aquellos caminos era muy espuesto volver á caer en sus manos, y en tal caso la muerte era inevitable. Ellos pasaban alegremente; de día iban á sus expediciones unos á una y otros á otra parte del camino, y volvían á la noche y se jugaban.

á las cartas las onzas, alhajas, y vestidos que habían robado; luego bebían en grande, cenaban y á dormir. Alguna vez solían reñir y aun darse de navajazos, pero en dormir tan amigos otra vez. Por lo comun se dormía al raso, y solamente cuando el tiempo estaba malo, nos recogíamos en cuevas, que no faltaban en lo interior del bosque. Si se aproximaba tropa, al momento lo sabían por sus espías.

Yo no sé cuanto tiempo viví en aquel espeso bosque y con aquella canalla; únicamente puedo asegurar, que vi dos veces caerse la hoja de los árboles, y

estariamos á mi parecer en el tercer verano, cuando fuimos sorprendidos por unos soldados. Yo fui de los primeros que cogieron; y sin querer creer que yo no era malhechor, se empeñaron en fusilarme: se me mandó confesar; me vendaron los ojos, y se me llevó al sitio en donde debía ser pasado por las armas, y.....

Afectó al huesped el recordar una situacion la mas apurada de su vida; conociólo Herman, y temeroso de que los niños agravasen su turbacion con preguntas inoportunas, se levanto é hizo suspender la relacion para otro rato.